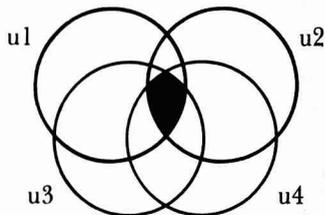


Sobre el Deconstruccionismo

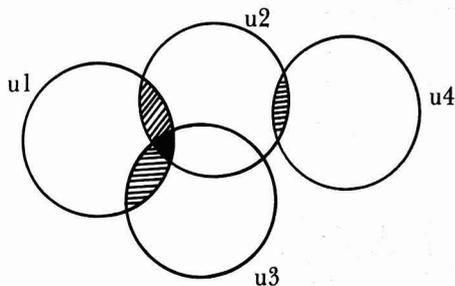
Pensar por esquemas provoca –casi tautológicamente– un pensar esquemático y así, con facilidad se sucumbe en el vértigo simplificador. Sin embargo, tampoco hay que olvidar que simplificar, esto es, que abstraer articula una actividad básica de la inteligencia y, no pocas veces, de la mayor utilidad. Introduciré tres esquemas que se proponen reconstruir cómo funciona el lenguaje. Para ello parto de un dato poco controvertido: hay relaciones interesantes entre los usos de las palabras y sus significados. Representaré a los usos de una palabra con circunferencias y a las superficies de entrecruzamiento de éstas como sus significados.

Tenemos de este modo, un primer esquema que representa la manera quizá más tradicional de pensar los vínculos entre los significados y las palabras:

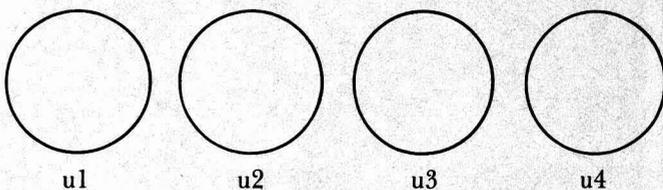


En el esquema 1 todos los usos de una palabra tienen algo en común: este “núcleo” es el significado subyacente a los varios usos. Previsiblemente, muchos tal vez concluyan: este “núcleo” indica la “esencia” de la cosa significada por los usos de la palabra o expresión en cuestión. Así, la palabra “agua” se puede usar en circunstancias muy aparte, como lo atestiguan los siguientes enunciados: “tomo este vaso de agua”, “me baño en el agua del mar”, “el agua se evapora a los 100°”. En casos como éstos queda claro que el “núcleo” de los diversos usos, la “esencia” del agua, es H₂O.

Un segundo esquema complica la situación, tendríamos algo así como varios “núcleos”, algunos más importantes que otros:



Por ejemplo, atendamos a la palabra “juego”: ¿qué es lo común entre jugar juegos de carta, de pelota, de ajedrez...? ¿En todos intervienen varias personas? Por supuesto, esto no es verdad: en el solitario se juega –por definición– a solas. Tal vez se quiera decretar: todos los juegos se oponen al trabajo. Entonces ¿los futbolistas, tenistas o basquetbolistas “profesionales” no juegan? En otras lenguas, la situación se complica más porque se usa el verbo “jugar” para actividades tan variadas como las de tocar instrumentos musicales o representar obras de teatro.



Según el esquema 3, entre los diversos usos de las palabras no hay nada en común. Cada uso de una palabra constituye, por así decirlo, un salto o un eco. La palabra “significado” en sentido estricto no designa nada, o si se quiere, sólo designa a esos saltos o ecos. De ahí que se postule la primacía de la materialidad de la palabra (del “significante”) sobre el significado. Atendamos a usos de la palabra “rosa”. Señalando al jardín, exclamo: “este año las rosas rojas se han dado de maravilla” y, luego de una pausa, agregó: “anoche en el baile, Susana era una rosa”. ¿Cómo se va de las rosas rojas del primer enunciado a la rosa que era Susana del segundo? Desde el tercer esquema probablemente se responda: se desata a la imaginación centrífuga y se da un salto, eso es todo.

¿Qué decir de estos tres esquemas? Por lo pronto, es posible contextualizarlos, hasta personificarlos. Si no me equivoco, a *grosso modo* con el esquema 1 se representa a la posición de Husserl con respecto al lenguaje y, en general, a cualquier esencialismo, incluyendo a la fenomenología. Por el contrario, con el esquema 3 representaríamos una posición como la de Derrida y su deconstruccionismo. Esther Cohen, describiendo a esta posición, indica, muy correctamente, que para Derrida el lenguaje se convierte:

en una marca vacía, en pura huella. En esta medida, la hermenéutica como tal deja de ser válida, puesto que ya no

hay sentido qué desentrañar en el texto; sólo existen huellas de huellas.¹

El "solo" es excesivo; creo que sin confundirnos, podría agregarse, también existen huellas de saltos y de ecos e incluso, saltos sobre los saltos, y ecos de los ecos. De ahí la insistencia de oponer la "diseminación" a la "polisemia". Señala Raymundo Mier:

El análisis deconstructivo se detiene en esos puntos de disgregación: el *himen*, el *pliegue*, lo *blanco*, pero no para explorar su polisemia. La polisemia no excluye la clausura del texto, su finitud, más bien la invoca, incluso la garantiza. Al desplegar el repertorio de las significaciones, escenifica la multiplicidad de la significación, pero también confirma la extensión calculable de sus resonancias. Para el deconstruccionismo, la polisemia es sólo el nombre de una extenuación de la lectura que, no obstante, busca responder a los juegos abismales del texto con la afirmación de una pluralidad enumerable, circunscrita, del sentido, una íntima apuesta a la verdad última aunque casi inasequible del

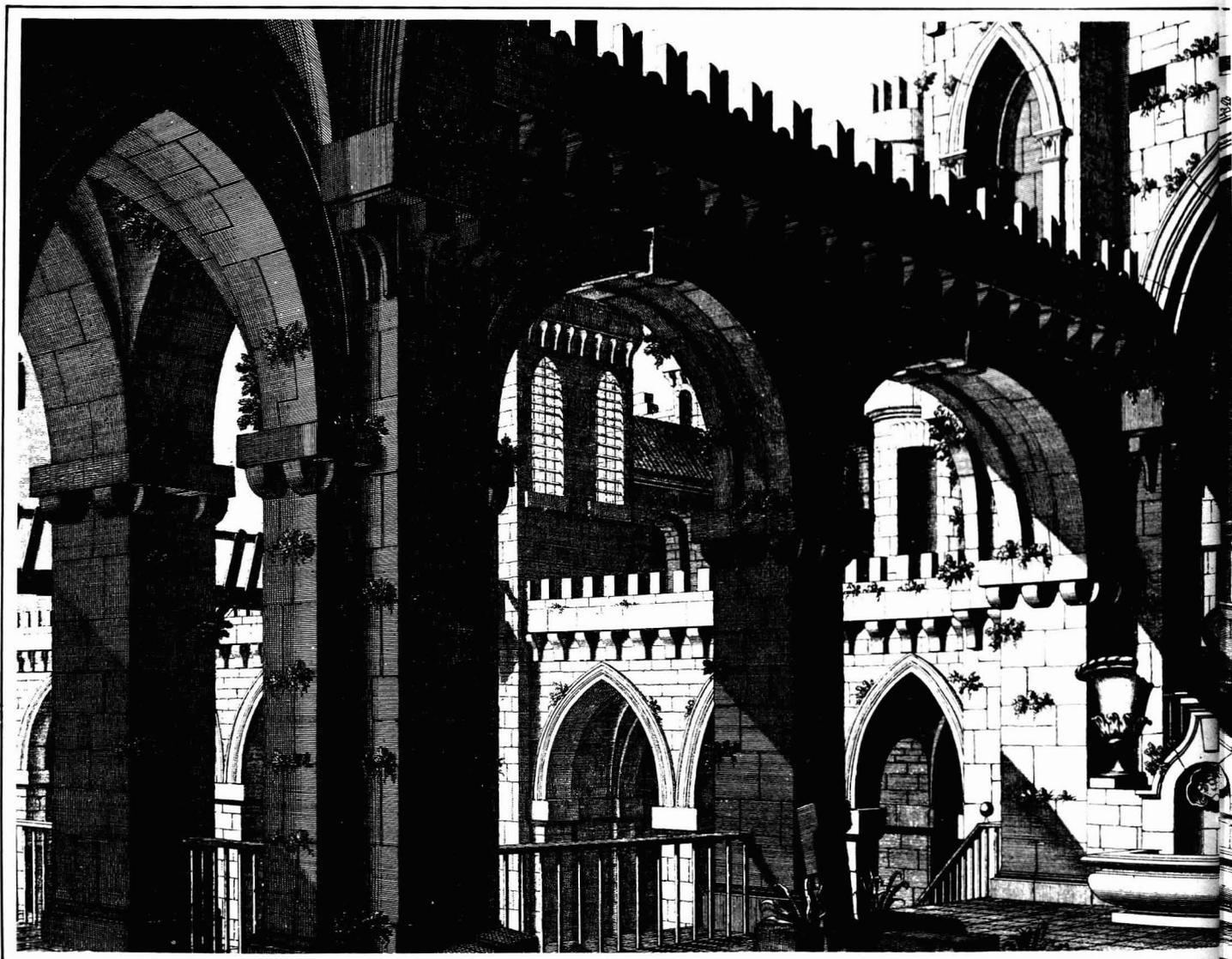
texto. La tentativa deconstructivista desconoce la polisemia, habla de la diseminación.²

¿Cómo intervenir en esta polémica? Por lo pronto, hay que enfatizar que desde el esquema 3, específicamente, desde Derrida, la única alternativa viable consiste en elegir entre el esquema 1 y el esquema 3: esencialismo y "metafísica de la presencia" con su inevitable y platónica Teoría de las Ideas o deconstruccionismo y vagabundeo, errancia sin fin y sin reposo. Me atrevo a sospechar que la insistencia de que estamos ante una alternativa totalizadora, que agota *todas* las posibilidades en cuestión, se explica más por razones biográficas que sistemáticas. Recuérdese que la primera publicación importante de Derrida, *La voz y el fenómeno*, consiste en un ataque a Husserl; recuérdese que la fenomenología –en su versión francesa, de Sartre a Merleau-Ponty– es el "horizonte" intelectual en el cual se forma la generación de Derrida y en contra del cual, por supuesto, reacciona. Pero vayamos a las razones sistemáticas: ¿hay *alguna* razón de peso para defender a esta alternativa *en tanto* "alternativa totalizadora"?

Sospecho que no la hay. Para respaldar a esta sospecha, re-

¹ *Acta poética*, No. 9-10, 1989, UNAM, México, p. 13.

² *Ibid*, p. 251.



greso a nuestro olvidado esquema 2. ¿A qué nombre propio podríamos invocar como su representante? Si se procura responder sin demasiado error, hay que comenzar, creo, por matizar un poco.

Wittgenstein, sin duda, no afirma que *el lenguaje funciona* según el esquema 2. Lo que defiende es una posición como la siguiente: por un lado, no existe un fenómeno unitario que podamos llamar “el lenguaje” y del cual se predicen enunciados como “el lenguaje funciona según el esquema 1 o 2 o 3”. Eso que llamamos “lenguaje” es un conjunto radicalmente heterogéneo: hay varios lenguajes, con funcionamientos diferentes.

Por otro lado, lo que se podría denominar “lenguaje de base”, el llamado “lenguaje natural” o “lenguaje cotidiano”, ese sí tiende a funcionar según el esquema 2: aunque los diferentes usos de las palabras no poseen un “núcleo”, una “esencia”, sí poseen, en cambio, ciertos rasgos comunes, lo que Wittgenstein llama “parecidos de familia”. Esos rasgos no caracterizan todos los usos, pero sí algunos, como lo indica el esquema 2. No obstante, hay muchos lenguajes, entre otros, varios fragmentos de los lenguajes científicos que funcionan según el esquema 1; éste es seguramente el caso de las palabras que refieren a las llamadas “clases naturales”, palabras

como “agua”, “papa” o “tigre” y de todas las estipulaciones. Recordemos el párrafo 18 de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein:

Nuestro lenguaje puede verse como una vieja ciudad: una maraña de callejas y plazas, de viejas y nuevas casas, y de casas con anexos de diversos periodos; y esto rodeado de un conjunto de barrios nuevos con calles rectas y regulares y con casas uniformes.

Corriendo el riesgo de aburrir, comentaré la imagen. La vieja ciudad alude a nuestro viejo lenguaje cotidiano, a esa vieja herramienta, y algo más, con la cual, mal o bien, recorremos la vida. A partir del lenguaje cotidiano podemos construir nuevos lenguajes como –Wittgenstein mismo ha dado estos ejemplos unos renglones antes– el simbolismo químico y la notación infinitesimal. El viejo lenguaje cotidiano funciona, creo, según el esquema 2, estos nuevos lenguajes, en cambio, buscan significar de manera unívoca y, por eso, se puede reconstruir su funcionamiento siguiendo al esquema 1, o al menos, guiándose idealmente por él. Entonces ¿sólo el esquema 3 representa a un conjunto vacío de usos del lenguaje? Esto es ¿sólo el deconstruccionismo delira, puesto que los esquemas 2 y 1, en algún sentido, reconstruyen *ciertas* realidades, a saber, las del lenguaje cotidiano y de los lenguajes reglamentados?

No es verdad lo que sugieren estas preguntas. También el deconstruccionismo reconstruye algo: fragmentos del lenguaje literario, acaso sus fragmentos centrales, aquellos que permiten la *lectura itinerante* de los textos. Dije que para ir de las rosas del jardín a esa rosa que es o fue cierta mujer se necesita dar un salto. A veces, ese salto es tímido, un titubeante saltito que se apoya en analogías, en convenciones..., otras, en cambio, se trata de un salto loco, de un salto mortal en la noche, en el vacío, como el que da Borges en las siguientes líneas:

Soy ciego y nada sé, pero preveo
que son más los caminos.
Cada cosa es infinitas cosas.
Eres música, firmamentos, palacios, ríos, ángeles.
Rosa profunda, ilimitada, íntima.

Para quien escribe, nada sino los ecos y, a la vez, un arriesgado salto de la imaginación centrífuga permite ir de la música a los firmamentos, a los palacios, a los ríos, a los ángeles, a la rosa profunda. No hay polisemia, sino itinerarios porque hay “diseminación” y “diseminación” aventurera y a la deriva; por eso, para quien lee nada sino los ecos y, a la vez, un arriesgado salto de la imaginación centrífuga permite ir de la música a los firmamentos, a los palacios, a los ríos, a los ángeles, a la rosa profunda.

El deconstruccionismo propone, pues, una teoría falsa acerca del funcionamiento general del lenguaje y, de paso, una epistemología y una ontología igualmente falsas. Pero, a cambio, entrega valiosos materiales para construir una teoría de la *lectura itinerante*, que debe ser el responsable, o por lo menos uno de los respaldos, de cualquier teoría productiva de la literatura. ◇

